

Laura
Llevadot

MI HERIDA EXISTÍA ANTES QUE YO

Feminismo y crítica
de la diferencia sexual

TUSQUETS
EDITORES



Laura Llevadot
**MI HERIDA EXISTÍA
ANTES QUE YO**
Feminismo y crítica
de la diferencia sexual

1.ª edición: marzo de 2022

© Laura Llevadot, 2022

Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación «Pensamiento Contemporáneo Posfundacional: Análisis teórico-crítico de las ontologías contemporáneas de la negatividad y la cuestión de la violencia del fundamento» (PID2020-117069GB-I00), del Ministerio de Ciencias e Innovación.

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-894-8
Depósito legal: B. 1599-2022
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

| | |
|--|-----|
| Introducción: Mi herida existía antes que yo | 11 |
| Primera parte: La lengua del amo | |
| 1. La herida en la lengua | 19 |
| 2. Deseo de lengua. | 27 |
| 3. María ya no. Primera tentativa | 35 |
| Segunda parte: Pequeño mapa del feminismo | |
| 4. Un regalo envenenado | 49 |
| 5. Territorios en conflicto. | 59 |
| Tercera parte: Masculinidad, ese continente oscuro | |
| 6. La violencia que no ves | 77 |
| 7. Escuchad a las putas | 99 |
| Cuarta parte: Lo que se aprende fracasando | |
| 8. Aquella parte de mí que se defendió de un fascista | 115 |
| 9. Tú eres todo, yo nada. Sobre la degradación general de la vida amorosa. Segunda tenta- tiva (I) | 126 |

| | |
|---|-----|
| 10. Descripción de un combate. Segunda tentativa (II) | 144 |
| Quinta parte: Pulsión de anarquía | |
| 11. La inflexibilidad de Antígona..... | 165 |
| 12. La mujer es la primera trans | 181 |
| Conclusión: La enfermedad mortal | 195 |
| Apéndices | |
| Bibliografía..... | 201 |
| Filmografía..... | 208 |
| Índice onomástico | 209 |
| Nota sobre los textos..... | 213 |

1 La herida en la lengua

No hablaré en nombre de las mujeres. Ni siquiera lo haré como mujer, aunque es seguro que será una mujer quien aquí escriba. Puedo escribir como un hombre. Sé hacerlo. Todas sabemos. Hemos aprendido a fuerza de autodisciplina y dominio. Fuimos a la universidad para aprender a hablar el lenguaje de los hombres, fueron ellos quienes nos formaron con sus palabras, allí aprendimos el modo supuestamente neutro y universal de hablar y escribir. Pero escribir como una mujer, aún no se sabe qué quiere decir esto. Qué quiere decir mujer, qué quiere decir escribir, será lo que aquí se tratará de desentrañar, como si las dos cuestiones vinieran juntas desde la lejanía de los tiempos. Cantar como una mujer, bailar como una mujer, amar como una mujer, vestirse como una mujer, caminar como una mujer, ¿será lo mismo que escribir como una mujer?

Hubo un tiempo en que escribir como mujer que se dirige a mujeres fue la exigencia. Hacía falta decirles, como lo hizo Hélène Cixous en su célebre texto de 1975 «La risa de la medusa»: «Sé por qué no has escrito». No has escrito todavía porque tenías miedo,

porque escribir te pareció una tarea reservada a los hombres, y aun a los grandes hombres. No has escrito porque creciste en una cultura androcentrada, porque aprendiste a admirar y desear las obras producidas por esos grandes creadores que nunca tenían nombre de mujer y que ofrecían en sus textos una imagen de la mujer a la vez ensalzada y aminorada, aminorada por ensalzada: «Me gustas cuando callas porque estás como ausente». Y aprendiste a ausentarte y callar, y así, a ser amada. He visto en la universidad a muchas jóvenes amordazadas. Quizás yo también lo fui. Inteligentes, sensibles, avispadas, no hacía falta violencia para hacerlas callar. Les bastaba con querer ser amadas por esos jóvenes que, aun si decían sandeces en voz alta en medio de un aula, sabían que, antes que nada, serían escuchados por ellas y, especialmente, eso es finalmente lo que importa, por sus semejantes que avalan y dignifican su habla. Y si además era un sabio profesor quien recogía y repartía la palabra a su criterio y discreción, la ganancia estaba asegurada. El «falo fala», dicen; es lo suyo. A los faloparlantes se les llama hoy «*mansplaining*». Es el modo cortés de decir que hay todavía demasiados incapaces de escuchar.

Contra este tráfico de la palabra pública se levantaron mujeres como Cixous. Eran aquellas mujeres de los años setenta, dispuestas a liberarse, y a las que les debemos nuestros gritos insolentes y maleducados de hoy, las que dijeron basta y se dispusieron a escribir para ti y para mí en lugar de tratar de insertar su nombre en esa extraña historia del saber legítimo. En ese momento no era un gran negocio hacerlo, sabían que eso no interesaría nunca al saber domi-

nante androcentrado, si acaso les dejarían un despacho en el fondo del pasillo, donde les fuera lícito sumergirse en sus labores, tejer complicidades, aprender juntas a diferenciarse. Tuvieron, de hecho, que crear sus propias editoriales para poder tomar la palabra o dejarse tomar. Des Femmes, fundada en 1973, fue una de ellas. Hay que reconocerles, como poco, el valor que tiene hablar cuando todo el mundo calla y lo que se dice no parece interesar a nadie. Cixous escribía por entonces: «somos negras y somos bellas»; decía: «la mujer escribe con tinta blanca», y también: «nosotras, las precoces, nosotras, las reprimidas de la cultura, las bellas bocas amordazadas con polen», en una paráfrasis de Nietzsche que no podía pasar desapercibida a quien aún tuviera oído para ello. Había por entonces la necesidad de diferenciarse, de hacer valer lo que había sido reprimido y rechazado, de hallar un lugar desde donde alzar la voz y hablar, una habitación propia como la de Virginia Woolf. Algo de reposo y de refugio en esta guerra milenaria contra las mujeres que nunca se quiso reconocer como tal, y que aún hoy apenas es admitida.

La historia de las mujeres, si tal cosa existiera, si pudiera ser escrita, debería sin embargo empezar por reconocer todos los episodios oscuros en los que hemos participado y los sombríos entramados de deseo con los que seguimos colaborando. Las víctimas no son nunca solo víctimas. A menudo la victimización contribuye a reforzar la estructura que nos identifica y que a su vez consolida la posición del amo. Una historia crítica, como la que pensó Nietzsche y que autoras como Federici han contribuido a trazar, deja

sin embargo de lado, como olvidos necesarios de una narrativa emancipadora, todos los nudos en los que la complicidad urdió la trama de la dominación. Des-hacer estos nudos es hoy más que nunca necesario si no se quiere reproducir aquello mismo que se quisiera combatir. Las narrativas emancipadoras adolecen siempre de este problema, la víctima no quiere nunca reconocer su colaboración con el verdugo y entonces resulta sencillo que una vez liberada, si es que esto llegase jamás a ocurrir, se convierta en uno de ellos. Es la historia a la que apunta la tan aclamada idea del empoderamiento.

Por otra parte, una historia monumental, la de las grandes mujeres que contra viento y marea combatieron el patriarcado o supieron destacarse en él, encubriría el sufrimiento de aquellas otras que no tuvieron la suerte de trascender, ni en su vida ni en obra alguna. Y el sufrimiento, la herida, quizás sea lo único que lleve aún la marca de la diferencia sexual. De ahí que en la escritura de mujeres lo biográfico tenga un papel fundamental. La huella biográfica es en esa escritura el recuerdo de la herida en la que vida y texto se entrecruzan de modo indisociable, a veces hasta una insoportable obscenidad. El feminismo negro, el de bell hooks, recientemente fallecida, por ejemplo, nos recuerda esa herida que cicatrizó hasta en el peinado, en los alisados forzosos a las que las niñas negras son aún sometidas. Tenemos poemas que braman «Me gritaron negra», y que transportan de inmediato a cualquier blanca a aquel primer día en que la llamaron «puta». La herida está hecha de estas injurias y de tantas otras no tan locuaces. Ese grupo de alegres mu-

chachos que se divierten al vernos pasar se perpetúa en cada generación. Y son sus madres, al dictado de sus padres, quienes los engendran.

Más allá entonces de esta historia crítica en la que la mujer aparecería como víctima en busca de justicia, pero más allá también de una historia monumental que organice la narrativa de nuestras heroínas, por seguir aquí la nomenclatura nietzscheana, quizás se debería empezar por analizar la estructura de dominación que nos constituye y atraviesa, esa que reproducimos a cada instante sin apenas percatarnos. Debemos a Simone de Beauvoir haber comprendido lo que de singular tiene esta estructura de dominación. Siendo la primera en denunciarla lúcidamente, acertó en preguntar lo que no hubiésemos querido tener que responder: ¿por qué las mujeres nunca se han rebelado? El hecho de que las mujeres no se hubieran sublevado jamás no podía deberse, como en el caso de los judíos o los negros en algunos lugares, a su inferioridad numérica, ya que de hecho las mujeres, como el proletariado, son la mayoría de la población mundial. Por lo tanto, solo el vínculo de deseo con su opresor, el hecho de que las mujeres prefieran la compañía de sus padres, hermanos o compañeros a la de otras mujeres, podía explicar esta ausencia de rebelión. Afirmar que es el propio deseo de las mujeres el que las mantiene en su situación de opresión, del mismo modo que La Boétie planteaba la servidumbre voluntaria, no facilita las cosas. Implica a un tiempo reconocer que ese deseo no es natural ni biológico,

sino claramente construido, que el deseo de opresión es el efecto de cierta educación sentimental. Pero supone además que ser mujer no es, en definitiva, más que encarnar un patrón de dominación, puesto que no es la naturaleza lo que explica su opresión. «Ser mujer es encarnar un patrón de dominación.» Hay que quedarse ahí un rato, prestar atención y atreverse a escucharlo. Ser mujer es reproducir e identificarse con esa construcción de género que los hombres prepararon para nosotras, es encarnar la figura que diseñó el enemigo para su sosiego y enaltecimiento, es responder con un sí a la demanda antes de poder decir no. Siempre se dice no *a posteriori*, siempre demasiado tarde, cuando el cuerpo y el deseo ya respondió, antes de ti, con un «sí, por favor». Deseo de opresión, deseo de opresión, deseo de opresión..., la tinta blanca que Cixous vinculaba a la leche de la madre se desvanece, se torna tinta invisible, no tiene ya dónde estamparse para diferenciarse. ¿Qué tinta utilizar cuando se advierte que la blanca, esa que emula la leche materna y que generará tantas identificaciones míticas, no es más que una tinta prestada, consentida, alentada por el opresor para que finalmente no se pueda decir nada o que aquello que se diga resulte irrelevante?

Será por ello, tal vez, que tantas mujeres hoy, amparadas en un pretendido feminismo igualitarista, decidieron seguir escribiendo con tinta negra, esa misma que usaron los hombres para desterrarlas. Hay que demostrar que se aprendió a hablar su lengua, que se domina el registro legítimo, que se trabaja con la misma epistemología aun si se tratan otros temas, que se les puede hablar de tú a tú. El feminis-

mo académico sufre una masculinización endémica. Serás admitido si aceptas convertirte en otro. Si ser mujer es reproducir el deseo de opresión, entonces mejor no serlo. Serlo sin serlo demasiado. Confinar ese deseo al ámbito de lo privado, aunque ni siquiera allí perviva con la apacible calma de antaño. No se las culpará por ello. Como dice Virginie Despentes: «Lo mejor de mi vida se lo debo a mi virilidad». Muchas lo suscribiríamos. ¿Qué hubiera sido de nosotras sin ese «no pasarán»? Aun al precio para muchas de renunciar a la maternidad y bajo sospecha de ser una de esas mujeres de las que decía Nietzsche: «Les falta la tela para tener hijos». Fácil de decir para quien tampoco los tuvo y no se le culpó por ello.

Y sin embargo, aun si la mujer ha aceptado jugar con la baraja marcada, aunque empoderada y fálica pelee como un gallo y alcance cuotas de poder, como también reconoce Despentes, acaba siempre por pedir perdón. La seducción, la histerización, la feminización exacerbada del aspecto, los tacones altos, las miradas cómplices, la amabilidad dirigida a los compañeros y subordinados, la competitividad con otras mujeres, son otros tantos modos de pedir perdón al padre por haberse atrevido a suplantarlo, por haberse desviado de su destino de mujer, a pesar de que este desvío sea hoy por hoy pura necesidad de supervivencia. Y cuando no se pide perdón, se paga. En el hogar, dulce hogar, los compañeros sentimentales de las mujeres demasiado fálicas ensayan sus represalias, especialmente cuando estos no han alcanzado las mismas posiciones de poder que les estaban destinadas. La estructura de la diferencia sexual repartió

tan bien las cartas que ni siquiera el empoderamiento de la mujer, su acceso al mundo del trabajo, su presunta liberación, pudo dismantelar la estructura de dominación a la que uno y otro están sometidos. Escribir con tinta negra resultó ser tan falaz como imposible encontrar la tinta blanca.

No hay tinta. No hay lengua que valga. El lenguaje, con sus códigos ya siempre preparados, piensa por nosotros. La lengua que hemos heredado nos impide pensar. Nos ocurre a todos, hombres y mujeres, pero algunas mujeres y pocos hombres han alcanzado a sentir el vacío entre las ruinas de esta batalla insólita y milenaria. Sentir el vacío es de primera necesidad. Si eso no se llegase a sentir, todo estaría perdido de antemano. Las certezas, las convicciones, los dogmas, los afectos arrebatados sustituirían el pensar y todo estaría desde siempre ya arruinado. Como en el chiste que Žižek recuerda, no hay tinta roja en Siberia para decir que lo que se escribe en la carta es falso. El único modo de decirlo es escribiendo en tinta azul que todo va fantásticamente bien excepto el hecho de que en Siberia no hay modo de encontrar tinta roja. Escribimos aquí, entonces, con tinta negra, que «no hay tinta blanca». Este es el único modo de seguir usando la tinta negra, pero señalando a la vez el vacío, la ausencia de una esencia femenina desde la cual hablar, y la necesidad de salir de una vez, a través de cierto uso de la lengua, del lenguaje de la dominación que sin embargo nos constituye.